Era un día peculiar de 1997, un día entre el invierno y la primavera, con el cielo cubierto por nubes oscuras que parecían apretarse contra el horizonte. El viento aullaba con fuerza, pero los árboles permanecían inmóviles, como si el mundo estuviera detenido en un instante ajeno al tiempo. Yo, a mis catorce años, jugaba aburrido en el parque junto a mi casa, excavando en la arena, y fue entonces cuando mi mano tocó algo que no era tierra, era una carta. La leí y me sorprendí: la carta tenía más de cincuenta años, era del año 1943. Parecía ser una carta entre dos amigos, sin embargo, se me hacían raros sus nombres: un alemán y un francés, en plena Segunda Guerra Mundial, y sin pensarlo la abrí:

“Para Otto Edelmann, Reeperbahn, Hamburg:

Querido Otto, hace ya 5 años que empezó esta tortura. Estar en bandos distintos es lo peor, sobre todo porque no puedo ver a mi amigo de la infancia, por eso me he prometido que cuando acabe esta guerra, lo primero que haré será verte. He huido de Francia para poder dejar la guerra siguiendo los consejos de mi madre, que como sabes siempre decía que; "Si todo se vuelve oscuro, sigue el camino de las montañas, allí donde el viento susurra en dos lenguas". Así que ya sabes, en cuanto que termine esta gran guerra nos volveremos a ver en el bar donde pasábamos las tardes de nuestra juventud, el bar "Zum Alten Freund".

Con cariño,

Tu amigo y vecino Jacques.”

Entonces supe lo que tenía que hacer, ir hasta la dirección que ponía, aunque estuviese en la lejana Alemania para reunir a los dos amigos. Fui a ver a una amiga mía, Ana, con la que vivía aventuras inolvidables, y cuando se lo conté, pensó lo mismo que yo.

Nos fuimos a nuestras casas y lo preparamos todo para nuestro viaje desde un pequeño pueblo del norte de Huesca hasta la gigante Alemania, cogimos comida, ropa, mantas, dinero y cualquier cosa que nos pudiese servir, y montamos todo en dos mochilas y nos

pusimos de camino, en ese momento yo sabía que esta iba a ser la mayor aventura de mi vida, y encima por una gran causa, como es la amistad entre dos personas. Y como no queríamos decírselo a nuestros padres porque sabíamos que no nos dejarían irnos, le pedimos ayuda a la persona con la que más confianza tenemos y sabíamos que no nos diría que no a nosotros; Manu, el pastor del pueblo, que nos acompañaría con su perro. Escribimos unas notas antes de irnos para no preocupar a nuestros padres, nos subimos en la camioneta de Manu, y me senté al lado de Ana hasta que ambos nos dormimos.

Nos despertamos unas tres horas más tarde según dijo Manu, y nos contó que ya habíamos pasado los Pirineos y estábamos en Francia, entonces pensé que tal vez nuestros padres estarían preocupadisimos por nosotros, caí en lo lejos que íbamos a llegar en ese viaje, y si de verdad esa era la mejor idea, la de preocuparnos por dos amigos que no conocíamos de nada, y embarcarnos en esta aventura para reunirlos de nuevo era una idea muy loca, y más cuando ni siquiera sabíamos con certeza si íbamos a conseguirlo o no. Pero si sabía que merecería la pena, porque la amistad es algo intocable, y ni una guerra puede destruir amistades. Entonces vi un cartel que ponía “Bienvenue à Cantaous” y me di cuenta que no habíamos pensado una cosa, ninguno de los tres sabíamos ni francés, ni alemán, ni inglés, y supe al instante que tendríamos que apañárnoslas para encontrar la calle Reeperbahn sin saber ningún idioma, encima que el alemán es un idioma rarísimo. Pero despejé mi mente y me quedé mirando por la ventana los verdes paisajes franceses.

Pronto llegamos a Toulouse, donde hicimos una pequeña parada para estirar las piernas, comer algo, pasar la noche, e intentar aprender un poco de francés usando un inglés mal hablado para comunicarnos con la gente. Con un poco de dinero que reunimos entre los tres, nos compramos cada uno un “croissant” para llenar un poco la tripa. Fue la vez que más

disfruté de una comida tan simple, porque al fin y al cabo no comía desde el mediodía y ya era de noche. Así que me lo comí como un glotón y nos dispusimos a preparar la parte de atrás de la furgoneta con mantas para nosotros tres y para Tizón, que era el perro de Manu, y aparcados en un camping pequeño pasamos la noche.

Al día siguiente nos levantamos rápidamente, echamos gasolina, compramos un poco de comida y continuamos el viaje. Esa vez Manu dejó que Ana, Tizón y yo siguiéramos tumbados en la parte de detrás del coche para descansar un poco más. Me quedé tumbado acariciando el suave pelo del perro de Manu, y en poco tiempo caí en un profundo sueño muy reparador.

Cuando me desperté, vi que ni Ana ni Tizón estaban conmigo, y que la furgoneta estaba parada, me pregunté cuánto tiempo llevaría dormido y dónde estarían ellos, me levanté, salí de la furgoneta y los encontré sentados en una terraza de un bar. Me di cuenta que estábamos en una gran ciudad, fui hasta ellos y me explicaron que habíamos llegado a París, la ciudad del amor. Manu dijo que desde allí iríamos directos hasta Hamburgo, pasando por Bélgica y Países Bajos, pero que no pararíamos hasta llegar hasta nuestro destino. Entonces comimos un poco en aquel bar, porque habían pasado más de cuatro horas desde que salimos de Toulouse. Y cuando nos pusimos en marcha, yo iba cada vez más emocionado, porque ya llevábamos casi mil kilómetros y más de diez horas. Esta vez ya no me dormí, no como hicieron Ana y Tizón, que no dejaron de roncar. Yo no paré de mirar por la ventana, vi muchos carteles de ciudades y pueblos, como Bruselas, Düsseldorf, Dortmund, Münster, Bremen, y por fin, después de más de 20 horas en coche, llegamos a Hamburgo.

Fuimos directos a la calle Reeperbahn, donde según la carta estaba el bar, que sería donde preguntaríamos primero. Me di cuenta que la calle estaba llena de gente, de bares con ambientes antiguos, muchos turistas, y de pronto lo vi, había un gran cartel en el que ponía bar "Zum Alten Freund", y no tuve ni que leerlo en la carta para comprobarlo, sabía que era aquel bar. Le dije a Manu que parase la furgo cerca de allí, y en cuanto nos bajamos, salí corriendo hacía aquella extraña taberna en la que se reencontraban los viejos amigos, entonces preguntamos si conocían a un tal Otto Edelmann, y cuando me dijeron que sí se me iluminó la cara, les pregunté si sabían dónde vivía, y me dijeron que el veterano soldado seguía vivo y residía en las afueras de Hamburgo, me dieron la dirección y corrimos otra vez a la furgo.

Fuimos a la dirección que nos habían escrito en una pequeña servilleta de papel improvisada, y cuando llegamos a la parte delantera de la fachada nos quedamos sin habla. Era una casa antiquísima, sin nada de lujo y tenía una puerta de madera que tenía decoraciones de clavos, entonces nos preguntamos si seguiría viviendo alguien allí, llamamos a la puerta y desde dentro se oyó a una mujer que decía que ya venía, y cuando nos abrió, nos encontramos a una mujer de unos setenta años. Tardamos un poco en hablar, y aquella señora nos empezó a mirar raro. Entonces con una mezcla de alemán, francés e inglés, preguntamos si conocía a un tal Otto, entró un segundo y gritó algo que supusimos que era alemán pero que contenía la palabra “Otto”. Bajó entonces por las escaleras un hombre que también tendría setenta años o algo parecido, le dimos la carta al hombre, que la leyó muy lentamente, y al terminar de leer, levantó la cabeza y pudimos ver que tenía los ojos llorosos. Le preguntamos si conocía a ese tal Jacques, y dijo que claro que sí, le conté nuestra historia, que me la había encontrado en el jardín, y entonces le dije que teníamos que buscar a Jacques, y me dijo que creía que sabía dónde estaba, que lo ponía en la carta. Cogí

la carta y la leí buscando algo que pudiese decir donde estaba, pero no encontré nada. Él cogió la carta, leyó una frase: “*Si todo se vuelve oscuro, sigue el camino de las montañas, allí donde el viento susurra en dos lenguas"*, y entonces dijo que cuando eran pequeños, su madre siempre quería ir a donde el viento susurra en dos lenguas, y que su madre se refería a los Pirineos, ya que se habla francés y español en ambos lados, y entonces caímos en la cuenta, que casualidad que siendo un francés y un alemán, la carta haya terminado en un pequeño pueblo de el pirineo de Huesca. Entonces Otto dijo que teníamos que ir al Monasterio de San Juan de la Peña, en Jaca, porque según él, Jacques no paraba de hablar de aquel monasterio cuando eran pequeños. Subimos de vuelta en la furgo, junto con Otto y su mujer, y tardamos dos días más en volver a Huesca, pero esta vez en vez de ir a casa, fuimos a juntar por fin a dos amigos de la infancia. Llegamos al monasterio, y nos dimos cuenta de que al lado de aquellas ruinas, había una pequeña choza hecha de madera y paja, salimos de la furgo y llamamos a la puerta y nos abrió un señor de unos setenta y pocos años, aquel hombre se fijó en Otto, y mantuvieron una mirada muy fija el uno en el otro. De repente Jacques se abalanzó hacia él y se unieron en un fuerte abrazo. Jacques nos dejó entrar en su humilde chabola y los viejos amigos contaron sus historias, el amigo francés nos contó cómo había huido y había enterrado la carta para que no la localizaran los nazis alemanes, y después la encontré yo y juntamos a dos amigos inseparables. Entonces entendí que la guerra separó a los amigos, pero su amistad sobrevivió, enseñándome que lo más importante en la vida se gana con el corazón.